



# D. ANTONIO DE ORILLANA.

En la mas bella ciudad  
 que calienta con reflejos  
 el gran padre de Faetonte,  
 que es la imperial de Toledo;  
 en este opulento Olimpo  
 residia un caballero  
 D. Antonio de Orillana,  
 que en lo galan y discreto  
 era otro segundo Adónis,  
 y en el valor un Pompeyo.  
 Éste, saliendo una tarde  
 buscando un divertimento,  
 en las márgenes del Tajo  
 quiso elegir su paseo.

Sentado sobre una peña  
 oyó con tiernos lamentos  
 á dos mujeres llorando,  
 y ambas venian huyendo  
 de dos hombres que lascivos  
 las venian persiguiendo.  
 A D. Antonio llegando,  
 dijeron ya sin aliento:  
 si, como lo pareceis  
 y lo muestra vuestro aspecto,  
 sois noble, en esta ocasion  
 obrad como caballero.  
 Levantóse D. Antonio,  
 diciéndoles: caballeros,

el perseguir las mujeres  
no es de generosos pechos  
ni alcanzar con violencias  
lo que no pueden los ruegos:  
supuesto de mi se amparan,  
he de cumplir lo que debo,  
procurando defenderlas,  
pues ya es cosa de mi empeño.  
Ellos dieron por respuesta:  
el poder del mundo entero  
no es bastante á reservarlas  
del furor de nuestro intento;  
si vos quereis defenderlas,  
perdereis la vida luego.  
Y respondió D. Antonio:  
sois villanos, y por eso  
habeis dado esta respuesta;  
sabed que yo las defiendo,  
y es mejor calle la boca  
lo que ha de hablar el acero.  
Y sacando las espadas  
los tres valientes guerreros,  
cada cual quiere llevarse  
el lauro de aqueste empeño.  
Y el valiente D. Antonio,  
hecho un leon carnicero,  
era cada golpe un rayo,  
y á los primeros encuentros  
repartió cuatro estocadas  
entre los dos, y con eso  
aplacaron la soberbia  
y cobraron algun miedo.  
Llevóles acuchillando,  
cual tropicando y cayendo,  
á las orillas del rio,  
y viéndose entre dos riesgos,  
del acero y los raudales,  
tuvieron por mejor medio  
el arrojarse á las aguas,  
y al uno fué de provecho,  
pues se pasó al otro lado;  
pero el otro compañero  
bebió en vasos de cristal  
la muerte: dejando el cuerpo  
para pastos de los peces,  
y allí pagó sus escesos.  
Volvió luego D. Antonio  
á las señoras, diciendo:  
ya, señoras, estais libres  
de aquellos bárbaros ciegos.  
Ellas le dieron corteses  
muchos agradecimientos,

é inclinándose á la una,  
vido un soberano objeto.  
Mirábase el uno al otro  
con tal cariño y afecto,  
que amor previno su arco  
para el tiro, y fué tan cierto,  
que quedaron de su flecha  
heridos los dos á un tiempo.  
Dijo Orillana: señora,  
que estoy cautivo os confieso,  
pues no no puedo resistir  
los amorosos incendios  
de tus ojos que me abrasan;  
y pues consagro mi afecto  
á tu divina hermosura,  
halle en tu piedad remedio.  
Ella respondió discreta:  
señor mio: lo primero  
quiero que sepais quién soy;  
escuchadme un rato atento:  
Mi nombre es doña Josefa,  
y soy hija de D. Pedro  
de Calcedo y Valenzuela,  
Mayorazgo y Caballero,  
esta señora es una ama  
dueña que en casa tenemos:  
salió esta tarde de casa  
solamente con pretesto  
de divertir cierto achaque  
de un melancólico afecto;  
yo por divertirme un rato,  
salí en su acompañamiento,  
cuando aquellos descorteses,  
como el ir solas nos vieron,  
se atrevieron á nosotras,  
villanos cuanto groseros,  
lo demás ya lo sabeis.  
Esto es cuanto á lo primero  
del referido fracaso:  
cuanto al segundo argumento  
de que estais enamorado,  
para esta noche os espero  
en punto de media noche,  
que por la reja de un huerto  
podremos hablar despacio.  
Con esto se despidieron,  
quedándose D. Antonio  
casi loco de contento.  
Llegó en efecto la hora,  
y por la reja se vieron,  
y con afectos amantes  
ambos á entender se dieron

lo mucho que se querian; pero  
 que amor los tenia ciegos.  
 Habláronse muchas noches; y  
 siempre amantes y contentos;  
 pero la adversa fortuna  
 les rodeó un contra tiempo;  
 y fué el caso de esta manera:  
 que en la casa de D. Pedro  
 dejaron depositada  
 á una dama de respeto,  
 doña Josefa Ramirez,  
 y don Fernando Salcedo  
 era el tal amante suyo;  
 y amor que causa desvelos,  
 quisieron hablar de noche,  
 y aquesto lo consiguieron  
 por un bien corto interés,  
 que á una criada le dieron.  
 Bajó en efecto una noche  
 á la tal reja del huerto  
 doña Josefa Ramirez  
 á hablar con su amado dueño,  
 no lo supo D. Antonio,  
 y segun su estilo hecho,  
 halló lo reja ocupada,  
 y reventando de celos,  
 acercóse poco á poco,  
 y con el mismo silencio  
 oyó el nombre de su dama,  
 y con sumó rendimiento  
 aquellas dulces palabras:  
 si me quieres, si te quiero.  
 Imaginó D. Antonio,  
 segun lo que estaba viendo,  
 que aquella era su dama,  
 que tenia amores nuevos;  
 y se acercó hácia la reja  
 para conocer al sugeto.  
 ¿Quién vá? dijo D. Fernando;  
 quien os quitará del puesto,  
 y juntamente la vida,  
 por el mucho atrevimiento.  
 Esto que oyó D. Fernando,  
 con valeroso denuedo  
 sacó la espada y rodela  
 tan liberal como diestro.  
 Embistióse el uno al otro,  
 dándose fuertes encuentros,  
 y el valiente D. Antonio  
 le tiró con tal acierto,  
 que le atravesó la espada  
 por la boca hasta el cerebro,

y sin que Jesús dijera,  
 cayó D. Fernando muerto.  
 Alborotóse la calle,  
 y D. Antonio, sabiendo  
 que era de partes muy gruesas,  
 trató quitarse de en medio,  
 y á otro día se ausentó  
 con cuidado y con recelo.  
 Y sabiendo de esta ausencia  
 doña Josefa Calcedo,  
 recogió todo su oro,  
 y sin temer ningún riesgo,  
 se fué á casa de un vecino  
 con recato y con secreto.  
 Allí estuvo algunos dias,  
 donde supo por muy cierto  
 como estaba en Barcelona  
 D. Antonio, y al momento  
 se vistió en traje de hombre,  
 y amparada del silencio  
 salió dejando su patria,  
 donde con unos arrieros  
 llegó en fin á Barcelona  
 y con cuidado y anhelo  
 empezó á adquirir noticias,  
 y supo por muy estenso  
 cómo se habia embarcado  
 con diferentes sugetos.  
 Aquí perdió la esperanza,  
 aquí fué su desconsuelo,  
 lloraba la hermosa dama  
 las desdichas de su dueño.  
 Con esta zozobra estaba  
 y al cabo de poco tiempo  
 supo que andaba su padre  
 buscándola con empeño  
 para hacer un ejemplar  
 que sirviera de escarmiento;  
 y mudándose el disfraz,  
 por si acaso era señuelo,  
 con hábito de ermitaño,  
 un casqueté de cabello  
 y unas barbas con que hacia  
 un viejo muy reverendo,  
 se salió de Barcelona  
 para escusar este riesgo,  
 y llegando á los Alfaques,  
 sitio que está al mar frontero,  
 entre unos duros peñascos  
 allí su mansion haciendo,  
 para el sustento pedia  
 limosna á los pasajeros.

Alli estuvo siete años,  
y al cabo de aqueste tiempo,  
y estando triste una tarde  
en sus desdichas leyendo,  
vió que un hombre se le llegaba  
y cortesano y modesto  
le pide por Dios le ampare;  
y ella, compasiva al verle,  
le dijo que se sentase,  
y ya le daba en el pecho  
el corazon sobresaltos,  
queriendo reconocerlo,  
y con impulsos del alma  
le dijo: por Dios te ruego  
me digas de tus trabajos  
la causa y motivos de ellos.  
Lo haré con gusto y agrado,  
que es justo el obedeceros:  
yo me llamo D. Antonio  
de Orillana y es Toledo  
la natural patria mia;  
pues mi amor y mi afecto  
en una discreta dama  
hermosa como el sol mismo  
y rondándola una noche,  
le di muerte á un caballero  
pensando hablada con ella,  
y luego supe por cierto,  
que estaba hablando con otra  
dama suya en aquel puesto.  
Sali huyendo de mi patria;  
y en Barcelona en efecto  
me embarqué y me cautivaron;  
y estando en el cautiverio  
con otros muchos cautivos,  
fui convocado en secreto,  
y con una embarcacion  
nos levantamos á un tiempo;  
y navegando hácia España,  
corrió tan soberbio el viento,  
y bramó el mar, y en un peñasco  
chocó el pobre barquichuelo,  
y en pedazos dividido  
todos los mas perecieron;  
y en fin, una tabla endeble  
me pudo sacar á puerto.

No paseis mas adelante,  
decidme ahora, caballero,  
si supieseis que esa dama  
en aqueste mismo tiempo  
dejó casa, hacienda y patria,  
solo por iros siguiendo,  
y ahora la vierais. ¿Qué hariais  
en aqueste lance puesto?  
La amparara, pues ya era  
obligacion de mi empeño.  
¿Y te casaras con ella?  
Como ella quisiera, luego.  
Aun tengo mas que decir:  
yo he sabido por muy cierto  
de que está aqui en Cataluña  
habitando en un desierto.  
Ahora se doblan mis males,  
ya es mayor mi sentimiento:  
adios, amigo, que voy  
á buscarla; quiera el cielo  
que mis ojos hallen luz  
y mi corazon consuelo.  
Ella asiéndole, le dijo:  
¿A dónde vais? deteneos,  
que estáis hablando con ella;  
y él la dijo: ¡mire el viejo  
cómo se burla de mi!  
adverta que eso es mal hecho.  
Dueño querido, yo soy  
doña Josefa Calcedo;  
y quitándose el casquete  
y las barbas, al momento  
la conoció D. Antonio.  
Dejo los muchos extremos,  
los cariños y ternezas,  
y por lograr su remedio  
se fueron á Tarragona,  
y al arzobispo dar luego  
noticia de todo el caso,  
y los desposó al momento.  
A Toledo se pasaron,  
las partes se compusieron,  
les entregan los mayorazgos,  
que habian sus padres muerto,  
y se gozaron alegres,  
dándole gracias al Cielo.

Se hallará de venta en casa los sucesores de Antonio Bosch, calle del Bou de la Plaza Nueva, núm. 13. tienda.

Barcelona — Imp. d. Narciso Ramirez y Comp.ª, pasaje de Escudillers, núm. 4. — 1877.

0494-46560

SLPC. Biblioteca d'Olot



1035080517